

Lun

1

Feb

2010

Evangelio del día

Cuarta semana del Tiempo Ordinario - Año Par

“Vete a casa con los tuyos y anúnciales lo que el Señor ha hecho contigo por su misericordia.”

Primera lectura

Lectura del segundo libro de Samuel 15, 13-14. 30; 16, 5-13a

En aquellos días, alguien llegó a David con esta información:

«El corazón de la gente de Israel sigue a Absalón».

Entonces David dijo a los servidores que estaban con él en Jerusalén:

«Levantaos y huyamos, pues no tendremos escapatoria ante Absalón. Vámonos rápidamente, no sea que se apresure, nos dé alcance, precipite sobre nosotros la ruina y pase la ciudad a filo de espada».

David subía la cuesta de los Olivos llorando con la cabeza cubierta y descalzo. Los que le acompañaban llevaban cubierta la cabeza y subían llorando.

Al llegar el rey a Bajurín, salió de allí uno de la familia de Saúl, llamado Semeí, hijo de Guerá. Iba caminando y lanzando maldiciones. Y arrojaba piedras contra David y todos sus servidores. El pueblo y los soldados protegían a David a derecha e izquierda. Semeí decía al maldecirlo:

«Fuera, fuera, hombre sanguinario, hombre desalmado. El Señor ha hecho recaer sobre ti la sangre de la casa de Saúl, cuyo reino has usurpado. Y el Señor ha puesto el reino en manos de tu hijo Absalón. Has sido atrapado por tu maldad, pues eres un hombre sanguinario».

Abisay, hijo de Seruyá, dijo al rey:

«¿Por qué maldice este perro muerto al rey, mi señor? Deja que vaya y le corte la cabeza».

El rey contestó:

«¿Qué hay entre vosotros y yo, hijo de Seruyá? Si maldice y si el Señor le ha ordenado maldecir a David, ¿quién le va a preguntar: “Por qué actúas así”?».

Luego David se dirigió a Abisay y a todos sus servidores:

«Un hijo mío, salido de mis entrañas, busca mi vida. Cuánto más este benjaminita. Dejadle que me maldiga, si se lo ha ordenado el Señor. Quizá el Señor vea mi humillación y me pague con bendiciones la maldición de este día».

David y sus hombres subían por el camino.

Salmo de hoy

Sal 3, 2-3. 4-5. 6-8a R/. Levántate, Señor; sálvame

Señor, cuántos son mis enemigos,

cuántos se levantan contra mí;

cuántos dicen de mí:

«Ya no lo protege Dios». R/.

Pero tú, Señor, eres mi escudo y mi gloria,

tú mantienes alta mi cabeza.

Si grito invocando al Señor,

él me escucha desde su monte santo. R/.

Puedo acostarme y dormir y despertar:

el Señor me sostiene.

No temeré al pueblo innumerable

que acampa a mi alrededor.

Levántate, Señor; sálvame, Dios mío. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 5, 1-20

En aquel tiempo, Jesús y sus discípulos llegaron a la otra orilla del mar, a la región de los gerasenos.

Apenas desembarcó, le salió al encuentro, de entre los sepulcros, un hombre poseído de espíritu inmundo. Y es que vivía entre los sepulcros; ni con cadenas podía ya nadie sujetarlo; muchas veces lo habían sujetado con cepos y cadenas, pero él rompía las cadenas y destrozaba los cepos, y nadie tenía fuerza para dominarlo. Se pasaba el día y la noche en los sepulcros y en los montes, gritando e hiriéndose con piedras. Viendo de lejos a Jesús, echó a correr, se postró ante él y gritó

con voz potente:

«¿Qué tienes que ver conmigo, Jesús, Hijo de Dios altísimo? Por Dios te lo pido, no me atormentes».

Porque Jesús le estaba diciendo:

«Espíritu inmundo, sal de este hombre».

Y le preguntó:

«¿Cómo te llamas?».

Él respondió:

«Me llamo Legión, porque somos muchos».

Y le rogaba con insistencia que no los expulsara de aquella comarca.

Había cerca una gran piara de cerdos paciendo en la falda del monte. Los espíritus le rogaron:

«Envíanos a los cerdos para que entremos en ellos».

Él se lo permitió. Los espíritus inmundos salieron del hombre y se metieron en los cerdos; y la piara, unos dos mil, se abalanzó acantilado abajo al mar y se ahogó en el mar.

Los porquerizos huyeron y dieron la noticia en la ciudad y en

los campos. Y la gente fue a ver qué había pasado.

Se acercaron a Jesús y vieron al endemoniado que había tenido la legión, sentado, vestido y en su juicio. Y se asustaron. Los que lo habían visto les contaron lo que había pasado al endemoniado y a los cerdos. Ellos le rogaban que se marchase de su comarca.

Mientras se embarcaba, el que había estado poseído por el demonio le pidió que le permitiese estar con él. Pero no se lo permitió, sino que le dijo:

«Vete a casa con los tuyos y anúnciales lo que el Señor ha hecho contigo y que ha tenido misericordia de ti».

El hombre se marchó y empezó a proclamar por la Decápolis lo que Jesús había hecho con él; todos se admiraban.

Reflexión del Evangelio de hoy

Espíritu inmundo, sal de este hombre

Fueron duros los últimos días del reinado de David. No fue sólo la familia de Saúl, su propia familia se levantó contra él. Es duro que el éxito que se puede tener a escala de nación se vea truncado porque en la propia familia surgen enemigos. La ambición no respeta ni los lazos de sangre. ¡Cuántas veces vemos esto en las familias, sobre todo a la hora de atender a padres enfermos y ancianos o ante el reparto de la herencia!

Y es que "el enemigo lo tenemos dentro". Dentro de las familias y en cada uno de nosotros. Los espíritus inmundos no están lejos de nosotros. Necesitamos exorcizarlos.

Los gerasenos rechazan a Jesús porque, sí ha salvado a un paisano de ellos, pero ha echado a perder su ganadería, sus cerdos. Jesús ante ese rechazo, se embarca y se aleja de ellos.

El episodio que nos relata Marcos es curioso. Tiene fuerza escénica. Pero no deja de ser un tanto insólito. Insólito también es que Jesús rechace que en su barca al hombre sanado. Prefiere que vaya a los suyos y les comunique lo que el Señor ha hecho misericordiosamente con él. Y lo hizo hasta provocar la admiración de quien le escuchaban.

Es un episodio en el que aparecen sentimientos de espanto, de rechazo, de admiración. En cualquier caso de sorpresa, de incompreensión. Todo lo que produce lo inesperado. Podemos decir que inesperado es para nosotros que Jesús atienda los deseos de los espíritus inmundos. Pero hemos de aceptar que, ante la liberación de un ser humano de lo que le deshumaniza, no le importe a Jesús la pérdida material que sufre los gerasenos. Quedémonos, al menos, con esa jerarquía que establece Jesús entre el ser humano y los bienes materiales. ¡Que no es poco! ¡Cuántos seres humanos se venden, se ultrajan, se abandonan por la búsqueda y conservación de los bienes! ¡Incluso dentro de la familia!



Fray Juan José de León Lastra O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)